

ser libres, debéis inclinar la cabeza, y tenderla humildemente al yugo de la servidumbre. Son medio hombres, que por temor á la muerte, prefieren hacerse indignos de la vida. Los pueblos libres solamente son pueblos cristianos. Un pueblo que no es libre, tampoco es digno de serlo. Seamos libres primero; y luego seremos cristianos para vivir según la ley de Dios». Esta ruda elocuencia, verdaderamente política, y que tenía el són de la campana de rebato, el eco estridente del clarín guerrero, el discordo clamor de la muchedumbre sublevada, el bramido oceánico de la cólera popular, el resuello de la servidumbre, la cadencia del canto profético en las orillas del Eufrates, la protesta de los israelitas contra los tiranos de Nínive y de Babilonia, el furor político mezclado con la exaltación religiosa; esta elocuencia, más popular que la misma elocuencia de Lutero, por lo mismo que era menos literaria y menos sublime, estaba ciertamente llamada por su múltiple variedad y por su ira terrible á suscitar aquella cruzada que, venida de doce distritos diferentes de Alemania, para concertarse en Gaikbaiern al comenzar la primavera de 1525, levanta en armas desde el Rhin al Danubio, desde la Selva Negra al mar Báltico; y demuele conventos, y quema castillos, y saquea iglesias, y tala señoríos, demostrando con este fragor estridente y con este universal estremecimiento que los siervos se alzan de su postración y que las cadenas se convierten á una en armas contra los tiranos.

La primera de las cohortes campesinas se conoció con el nombre de cohorte de Leiphein. Mandábala Jacobo Webe, predicador de la escuela de Munzer, y componíanla cinco mil siervos emancipados. Desde los comienzos de tal empresa nótese en ella los síntomas que han de perderla y malograrla, á saber, la exageración de ideas y la indisciplina de fuerzas. Tenían enfrente aguerrido ejército, á cuya cabeza estaba un senescal del Imperio; y necesitaban mucha autoridad arriba, y abajo mucha obediencia, si habían de contrastar y vencer á sus formidables enemigos. Así, en los sitios trincaban, jugaban, hacían comedias con los ornamentos sagrados del catolicismo y se curaban de todo menos de la disciplina necesaria para acometer y sostentar empresa de tanta monta como una batalla á muerte con el desapoderado feudalismo. Por fin, lo que debía suceder, sucedió. El senescal del Imperio alcanzó la primera de las cohortes revolucionarias en el mismo sitio donde surgiera en Leiphein. La posición militar resultaba desventajosisima para los menos numerosos y más débiles. A la derecha tenían éstos un río, á la izquierda un bosque, al frente una laguna, la espalda una corte de barricadas construídas por ellos mismos, en contrándose, por tanto, circuídos, no sólo de obstáculos materiales casi insuperables, sino de fuerzas armadas casi invencibles. Quinientos encontraron muerte en el campo; cuatrocientos en el río; y los demás refugiáronse en un pueblo, para ellos verdadera trampa; en que el cazador había de cogerlos y exterminarlos sin remedio. Webe se refugió en profunda caverna. Un perro que le acompañaba, le delató con sus ladridos; y los soldados del senescal, que le encontraron, lo condujeron al campamento, donde fué reducido primero á

prisión y luego decapitado. Este legionario de una idea, si no utópica, importuna, murió, como pudiera morir un mártir de la fe más verdadera y más segura. Nada siembra tanto como las ideas dichas con elocuencia, como la sangre derramada en el martirio. A pesar de la primer rota de la confederación evangélica, aumentáronse sus cohortes con extraordinario aumento; y se extendieron por una línea que tenía ciento cincuenta leguas de longitud. A los hombres de buena fe, que combaten y creen, uniéronse aquellos que sólo pueden prosperar en medio de las contiendas y granjearse fortunas, pescándolas en el agua turbia de las inundaciones revolucionarias. Frente á la confederación evangélica, formada por los campesinos y sus profetas, elevóse la confederación suaba, compuesta de ciudadanos y de señores. Representando éstos la estabilidad, poco podían ofrecer á sus soldados allende su sueldo; mientras, representando aquéllos la revolución, podían ofrecer á los suyos el despojo y botín de tantos castillos feudales como asediaban y de tantos ricos señores como combatían. Los sueldos de los lasquenetes, mandados por el senescal, no se pagaban puntualmente; y estos retrasos traían graves dificultades, aumentadas por la política doble del archiduque Fernando, el cual, bajo mano, protegía á los campesinos por apoderarse de Suabia y de Franconia, y por el horror que á los mismos aristócratas causaba el landgrave Casimiro, cuya crueldad llegó hasta el punto de atentar á la libertad y á la vida de su propio padre, encerrado doce años por este su infame hijo en húmedo y obscuro calabozo. Lo cierto es, que jefes de cohorte, como Eitel; llevaban mantos de púrpura, cofias de escarlata, heraldos á decenas, séquito numerosísimo, tras el cual iban carrozas ornadas de flores y cintas, entre cuyos ornamentos surgía la bandera tricolor, extendida sobre los doce artículos de la Constitución revolucionaria magníficamente encuadernados. Así, no es mucho que obispos, como el obispo de Bamberg, huyeran á las victorias revolucionarias; y poblaciones, como Rotemburg cayesen prontamente en manos de los audaces campesinos, y cancilleres de príncipes tan poderosos como Hohenlohe abrazaran la causa de los campesinos y se hicieran cancilleres de la guerra.

En estos graves incidentes dibújense y resaltan naturalezas bien extrañas, engrandecidas por la ocasión que les ofrecen las circunstancias de cumplir todas sus aptitudes. Entre estas naturalezas, ninguna tan violenta como la del posadero Santiaguillo; fiera salvaje en medio de la civilización. Apuesto de figura, hermoso de rostro, forzado de natural, vivaz de genio, tan pronto entraba en una guerra como en una orgía; donde quiera que le procurase la suerte grandes emociones. Ya de antiguo se tomaba la justicia por su mano; y, en edad bien joven había asesinado por esta razón á su burgomaestre, creyéndose, en virtud de su derecho natural, juez de los jueces y verdugo de los que mandaban al verdugo. Su padre le desconoció por deudas en la mocedad; su prometida cayó en brazos de un caballero feudad, que castigó en la infeliz con una deshonra eterna el enorme crimen de haber cogido algunas fresas en los bosques; y tantas desgracias contribuyeron á exacerbar

el natural ya arrebatado de Santiaguillo y á lanzarlo en brazos de la revolución. Así, recoge trescientos campesinos, y toma las dos poblaciones más cerca de su vivienda. Tras cada batalla ofrece un botín; tras cada botín una fiesta; tras cada fiesta una arenga de los predicadores evangélicos y unas brujerías de las brujas que lleva en su ejército. Y no sólo hay plebeyos como el posadero en la revolución, hay gentiles hombres, como Florián, que llenos de fe y persuadidos por su corazón y por su conciencia, deponen, con su manto de terciopelo, sus títulos de nobleza, y mandan cohortes campesinas resueltas al combate. No es aqueste el único noble entrado en la federación evangélica; el célebre Goetz, á quien cantara el primer poeta de Alemania, pertenece también á las altas clases. Veamos cómo se desarrollan los incidentes de esta guerra. Mandaba en Weinsberg el conde Luis, casado con una bellísima princesa. Y, ora llevado por las necesidades de la guerra, ora por la satisfacción de su venganza, mató á varios campesinos, que había hecho prisioneros y á quienes resguardaban las leyes consuetudinarias de la guerra. Cuando Santiaguillo supo tal crueldad, invocó la muerte y el infierno, enviando al señor un verdadero *ultimatum*, que le conminaba acremente á la entrega discrecional de la ciudad. El conde envió una respuesta altiva, pero Santiago, que sabía cuántos partidarios suyos guardaba la población amenazada, decidióse al asedio. Envió, pues, varios heraldos, y se burlaron de ellos los sitiados, insultándolos á todos é hiriendo á alguno de muerte. Corazones de liebre llaman los de dentro á los de afuera, y los corazones de liebre se volvían á estos insultos corazones de tigre. La bruja que el plebeyo Santiago llevaba á su lado, le bendijo las armas con graves sortilegios; y la horda negra que el noble Florián mandaba, de un empuje ganó un castillo, y puso la bandera tricolor en la torre del homenaje. La batalla tuvo todos los caracteres de una tragedia. Las gentes indefensas gritaban por una suspensión de armas; pero los nobles, que conocían la suerte encerrada en una derrota, se decidieron á pelear hasta morir. Santiaguillo entró; y su entrada equivalió á una terrible carnicería. Los principales ciudadanos con los más valerosos lansquenets fueron sacrificados hasta dentro de los sepulcros, donde se habían acogido en el seno de las iglesias. Desde lo alto de una torre el canciller de Wensberg ofreció treinta mil florines de oro por su rescate; y le contestaron ¡venganza! y le dieron un tiro en el cuello que lo precipitó en el patio del cementerio y en el fondo de una sepultura. La matanza se encarnizó, que hubo necesidad de dar orden de suspenderla. Pero el conde, cogido en lo alto de una torre, recibió de manos de un soldado un lanzazo. Nada más horrible que aquella noche de saqueo: el incendio chisporroteando; los soldados bebiendo al siniestro resplandor de las llamas; los cadáveres tendidos por todas partes; los moribundos en los estertores de la agonía; la violación de las pobres mujeres de los vencidos y de las desgraciadas monjas de los conventos, mezclando el resuello de bárbaros placeres á los ayes de increíbles dolores; la muerte infligida terriblemente á los prisioneros por medio de un castigo semi-asiático, que consistía en



ABRAZÓSE Á LOS PIES DEL POSADERO VENCEDOR

Dr. Felipe C. Rojas Madrid